



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

BUDA BLUES

MARIO MENDOZA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: © Juan Pablo Cadavid

/ © Oscar Abril Ortiz

© 2009, Mario Mendoza

© 2009, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4708-7

ISBN 10: 958-42-4708-5

Primera impresión en esta edición: septiembre de 2015

Segunda impresión en esta edición: enero de 2017

Tercera impresión en esta edición: enero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Con el libro de cuentos *La travesía del vidente*, editado por Planeta, obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. En 2002 ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás*. En 2004 publicó el libro de cuentos *Una escalera al cielo*. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011), *La importancia de morir a tiempo* (2012) y *Paranormal Colombia* (2014). Su más reciente novela es *Lady Masacre* (2013).

*Sí, hay un fondo.
Pero hay también un más allá del fondo.*

ROBERTO JUARROZ

CONTENIDO

Capítulo I	
Proyecto Apocalipsis	11
Capítulo II	
María Magdalena.....	125
Capítulo III	
Buda Blues.....	241

Capítulo I

PROYECTO APOCALIPSIS

1

Estimado Sebastián:

Recibí tu postal en la que me comunicas tu nueva dirección en Kinshasa. No lo creerás, pero tus palabras me llegaron en el mejor momento, como si fueran un conjuro para rescatarme de los infiernos. Han pasado tantas cosas extrañas desde que te fuiste... A veces pienso que viajaste justo cuando iba a comenzar lo peor para mí. Sabes bien que siempre llevé una vida reposada, sin altibajos sobresalientes, y en la medida de lo posible evité experiencias que me llevaran a encrucijadas de las que después no iba a saber cómo salir. Conozco mis debilidades y eso me ha hecho un hombre prudente. El terreno donde corrí los mayores riesgos fue el académico, en los salones de clase, en el ámbito universitario, donde mis estudiantes, más que subalternos a los cuales debía calificar, fueron amigos

que compartieron mis inclinaciones y pasiones. Pero en mi vida privada busqué el reposo y la rutina que me llevaba de mi apartamento a la universidad y viceversa. Y en mi vida sentimental, como bien lo sabes, he elegido mujeres ligadas a ese ambiente, profesoras, investigadoras o estudiantes de últimos semestres o de maestría, que tarde o temprano compartían conmigo las mismas lecturas y los mismos gustos intelectuales.

Los enfrentamientos, las guerras y las confrontaciones que sacudieron mi vida se dieron en las páginas de las revistas universitarias, en los congresos internacionales o en los simposios donde he expuesto, con la mayor honestidad posible, mis hipótesis y mis ideas acerca de la historia de este país, que me ha dolido desde nuestros años de amistad adolescente, cuando nos graduamos del colegio y yo supe enseguida que me presentaría a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Pero experiencias inusuales o pruebas fuera de lo común, Sebastián, realmente no he tenido.

Recuerdo que cuando tú me hablabas de uno de tus viajes por el sur mexicano o por el Amazonas peruano, o cuando me relatabas, con lujo de detalles, tus aventuras amorosas con extranjeras trashumantes o con jóvenes hippies que se iban a la cama contigo a los pocos minutos de conocerte, yo no podía sino admirarte, envidiarte, y preguntarme si mi vida sedentaria y plana no sería la consecuencia de mi mediocridad y mi falta de imaginación. Hasta que aprendí a aceptarme tal y como era: calmado, paciente, silencioso. Sin embargo, de ese profesor que solía

subir y bajar por la calle 45, bien fuera de ida o de regreso de la Universidad Nacional, ya no queda nada, ni siquiera la mirada o la sonrisa, pues hace poco me miré en un espejo y no me reconocí. Mi antigua identidad se ha venido esfumando poco a poco. Y a diferencia de otros sujetos que no saben cómo ni cuándo se inician estos procesos, yo tengo clarísimo el instante exacto en el que el mundo dejó de ser para mí un espacio propicio para el pensamiento y el debate intelectual, y se transformó en un agujero negro del que no supe de qué manera escapar, un agujero negro que me reveló mi zona de sombra, mis pesadillas más grotescas y mis remordimientos más autodestructivos. Intentaré contactarte todo paso a paso, sin afanarme, y tal vez haciéndolo logre curarme de estas obsesiones que me han ensuciado la vida de mala manera. Al fin y al cabo, tú has sido no sólo mi amigo del alma, sino mi hermano, alguien que me conoce desde niño y que me vio crecer sin ningún asomo de insania o de desvío mental.

Un viernes en las horas de la tarde, cuando me disponía a cerrar la oficina de la universidad para dirigirme a mi apartamento y empezar a disfrutar del fin de semana, me llegó un mensaje urgente de Medicina Legal en el que me comunicaban que un cadáver desconocido que acababa de llegar a esta institución podía ser el de un pariente mío, el tío Rafael, el hermano de mi padre, pero que no estaban seguros de ello y que por eso me pedían encarecidamente que me acercara a esta dependencia para hacer un reconocimiento del cadáver y confirmar mi parentesco o descartarlo.

Leí varias veces el comunicado, escrito en una máquina manual rudimentaria, de esas que aún se utilizan en ciertas oficinas oficiales sin presupuesto, o en la calle, cuando uno necesita que alguien le redacte una petición legal o una queja ante alguna notaría. Lo primero que pensé fue que se trataba de una broma pesada, pero luego, al ver el nombre de mi tío escrito con claridad, descarté esta posibilidad. El tío Rafael (¿lo recuerdas?) había sido durante algunos años el único pariente con quien yo había propiciado cierto acercamiento, y era imposible que uno de mis estudiantes o de mis compañeros de trabajo conocieran ese episodio de mi vida y ese nombre en particular. Luego revisé la letra escrita en máquina manual, borrosa seguramente a causa de una cinta gastada y sucia, los sellos, la firma trazada de afán con un bolígrafo barato, los encabezados con la dirección resaltada, y entonces concluí que era un mensaje auténtico. Pero entonces venían las otras preguntas: ¿cómo sabían ellos que podía tratarse de un tío mío? ¿Cómo sabían que yo era yo, que me llamaba Vicente Estévez, que era profesor de sociología en la Universidad Nacional y que era el único pariente vivo que ese hombre tenía en el mundo? Rarísimo. Si el cadáver de Rafael estaba en Medicina Legal era porque nadie lo había reclamado, porque no sabían dónde estaban sus parientes, porque ese hombre no hablaba con nadie, no guardaba contacto con su familia, y porque además no estaban seguros de si se trataba de Rafael Estévez o no. Entonces, si no sabían nada de nada, ¿cómo diablos habían dado conmigo? La única manera de solucionar ese misterio era presentándome en Me-

dicina Legal y preguntando qué era lo que había pasado. Y aunque te parezca ruin y mezquino, lo primero que se me pasó por la cabeza, como una ráfaga instantánea, fueron los gastos de un sepelio decente: el entierro, la funeraria... Adiós a mis ahorros, que pensaba invertir en un año sabático por fuera del país, tal vez tomando notas para un libro que quería escribir hacía tiempo (la poesía chicana como conciencia histórica) o para ahondar en una investigación, que en mi concepto, había dejado inconclusa (una visión erótica de la Iglesia católica). Después, arrepentido y avergonzado por una idea tan miserable, cerré la oficina y tomé la decisión de dirigirme a Medicina Legal a ver si ese hombre que estaba allí, entre los refrigeradores junto a otros cuerpos maltrechos y sangrantes, era el de mi tío, la oveja negra de la familia, que desde muy joven se había alejado de los suyos para construir una vida extraña y desconocida de la que nadie, a través de los años, había tenido noticia.

Crucé la ciudad en mi pequeño Volkswagen, metiéndome en el tráfico de la calle 26 y después en las filas interminables de autos que regresaban del trabajo a esa hora por la avenida Caracas hacia el sur. Para empeorar aún más la situación, una lluvia torrencial inundaba las calles, los andenes, y había dañado varios semáforos del centro de la ciudad. Mientras esperaba pacientemente frente al volante, recordé la cara de Rafael, su porte delgado y erguido, con ese aire aristocrático que tenía en la mitad de una pobreza infame, barbado, con sus ojos de lechuza al acecho, atento a cualquier estupidez de sus interlocutores

para empezar a sonreír con ese aire de desprecio que tanto lo caracterizaba. Durante mis años de rebeldía adolescente yo lo había admirado de manera irrestricta, me había enfrentado a la familia buscando alinearme con él y me había identificado con su posición de intelectual marginal que no negociaba principios ni cedía terreno ante las presiones de una sociedad mediocre y deshonesta. ¿Recuerdas que alguna vez, cuando estábamos los dos en un taller de escritores, te llevé a una cafetería de Chapinero para entrevistarnos con él y que, con un café humeante al frente, nos dijo que si no habíamos leído *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, jamás entraríamos en la verdadera madurez? A continuación, empezó a explicarnos cómo la pasión corporal y física, la posesión carnal, suele confundirse con el auténtico amor, y que sólo los años le enseñan a uno que el amor es lo más cercano a la amistad y la camaradería, donde no poseemos al otro sino que conquistamos el mundo a su lado. ¿Recuerdas cómo lo escuchábamos con la boca abierta, idiotizados, como si estuviéramos oyendo las palabras de un profeta? Nos despedimos de él y, sin dudarlo, entramos de inmediato a la Librería Buchholz, en la calle 59, y reuniendo dinero entre los dos y sacando todos nuestros ahorros del mes, compramos la vieja edición de bolsillo del *Cuarteto* publicada por Sudamericana. Qué escena tan maravillosa: los dos cachorros intentando robar sabiduría para enfrentarse al mundo. A partir de ese día, y durante los siguientes seis o siete meses, no hablamos de otra cosa que de Justine, de Melissa, de Clea y del viejo Darley, que sólo podría escribir su obra literaria cuando comprendiera que

el amor y el sexo están íntimamente ligados a la escritura, al eros como potencia de vida, como infinita generosidad que se despliega en palabras, en chorros de lenguaje que inundan el mundo para modificarlo desde adentro, desde sus estructuras más íntimas y secretas. Cuánto aprendimos en las palabras de Durrell y cómo le agradecemos a Rafael entonces su consejo.

Llegué a Medicina Legal en medio de un aguacero torrencial. Varios indigentes que ahora recorren el parque Tercer Milenio en busca de sus antiguos recuerdos del Cartucho, cuando esa zona de la ciudad era en realidad un pasadizo a un mundo de miseria, vicio y abandono, rondaban el sector con sus ropas mugrientas, sus miradas de animales salvajes y sus trastos al hombro. Seres nómadas, ancestrales, que nos recuerdan nuestros primeros tiempos, cuando recorríamos el planeta con garrote en mano y dormíamos donde nos cogía la noche, en cuevas o guaridas que nos protegían de las inclemencias del clima y de las otras bestias que deseaban devorarnos. Entré a las oficinas chorreando agua por la chaqueta y un portero despistado me anunció, como si nada hubiera pasado, que la secretaria y los demás funcionarios habían cerrado sus cubículos y se habían marchado. Le expliqué que era un caso urgente, le mostré la nota que acababa de recibir, y el tipo, con la misma actitud displicente, sólo se dignó decirme: «Mire, jefe, como usted hay muchas personas más esperando para identificar a los suyos. Yo no puedo hacer nada. Venga el lunes, en horario de oficina». No logré convencerlo de que me dejara hablar con los

médicos o los encargados de las neveras, le aseguré hasta la saciedad que reconocer un cadáver era cuestión de segundos, que yo entraba, miraba el cuerpo y ya, me iba sin ponerle más problemas. Hasta intenté comprarlo y le ofrecí una bonificación si me echaba una mano. Nada, se quedó igual, con los brazos cruzados en el pecho, mirando hacia la nada, y lo único que murmuró fue: «Más bien aproveche el fin de semana antes de las malas noticias del lunes». La frase no podía ser más indignante, pero lo peor fue que el tiempo le dio la razón, porque esas palabras se cumplieron con exactitud. Al fin, echando chispas, di un portazo y me largué maldiciendo.

El sábado saqué los álbumes de familia y los ojeé deteniéndome en aquellas escasas fotografías en las que aparecía Rafael. Se notaba que de joven había sido arrogante, excesivamente seguro de sí mismo, déspota, consciente de que poseía una inteligencia muy superior a la de los demás. Pero en la medida en que las fotos avanzaban en el tiempo, la figura de Rafael decrecía, se hacía más angustiante, más deprimente: su ropa empeoraba, la barba demostraba una dejadez alarmante, nunca aparecía sonriente, las uñas estaban largas y llenas de mugre, y los ojos inflamados e inyectados en sangre evidenciaban largas horas de insomnio. Ya no era la oveja negra de la familia, sino un bárbaro que se iba alejando de toda civilización en busca de algo que los demás desconocían. En las últimas fotos ya ni siquiera miraba a la cámara, sino que su figura, apenas esbozada, cruzaba al fondo, junto a una puerta, en el patio o al lado de unas escaleras. Se notaba que ya no podía hablar, que no

soportaba la cercanía de los demás y que se estaba alejando de manera vertiginosa hacia una dimensión nebulosa que sólo él podía habitar.

Me dio escalofrío al cerrar los álbumes. Llevaba mucho tiempo sin pensar en él, tal vez ocho o diez años. Como recordarás, cuando mis padres murieron en el accidente aéreo ya él había desaparecido y no tuve manera de comunicarle su defunción para que asistiera al entierro. Mi padre era su único hermano y no fue posible conseguirlo por ninguna parte. Pagué avisos en los periódicos, envié un comunicado a la policía y lo reporté como desaparecido, pero nada, no recibí una sola noticia de su paradero. Como soy hijo único y mi madre tampoco tenía hermanos, me di cuenta de que sólo quedábamos él y yo, y que necesitaba encontrarlo para quizás con su ayuda mitigar el dolor que entonces me embargaba. Pero no pude hallarlo y con el paso de los meses me dije que tal vez había muerto lejos de nosotros, en otro país u otro continente, y me olvidé de su extraña personalidad y de su figura marginal, hasta que de repente, sin previo aviso, me llegó la notificación de Medicina Legal anunciándome su posible defunción. ¿Te acuerdas, Sebastián, que alguna vez, conversando en la casa de mis padres, nos imaginamos mil destinos para ese tío descarriado y medio loco? Que se había embarcado con rumbo al África, que se había internado en el Amazonas en busca de una tribu salvaje como los nukak makú o que había decidido ganarse la vida como pescador en la Antártida... Fábulas descabelladas que tejíamos para ponerle un poco de sabor a la extraña desaparición de Rafael. Pero la

verdad era que mi padre, un hombre razonable, comedido, amoroso y sencillo, estaba harto de ese hermano pedante y engreído que siempre se había sentido superior a él, y justamente por ese hastío la lejanía y la posterior desaparición de Rafael no lo afectaron. Antes bien, las sintió como un alivio, como si le quitaran una pesada carga de encima. Es fácil imaginar, también, que mi tío debió pedirle dinero prestado mil veces a mi padre, para una cosa y para la otra, y que en una situación semejante la ausencia de un vago pedigüeño es una bendición.

El domingo saqué las cartas de mi familia y busqué alguna escrita por Rafael o destinada a él. Sólo encontré una breve nota dirigida a mi padre en media hoja de cuaderno, escueta, con una letra torcida y nerviosa, y cuyo contenido me pareció entonces completamente incomprensible: «Estamos ciegos y es difícil percibir su efecto, pero ahí está, rondándonos, aplastándonos, embruteciéndonos. No pienso continuar bajo su efecto. Tarde o temprano escaparé de su zona de influencia». Eso era todo. Tenía un tono paranoico, delirante, y pensé que tal vez se la había escrito a mi padre en medio de alguna borrachera o bajo el efecto de algún sedante o somnífero que habría ingerido para poder dormir. En las horas de la tarde, como producto de la fuerte presión emocional a la que estuve sometido, empecé a sentir dolores de cabeza que me condujeron a la cama. A las seis de la tarde estaba nadando en fiebre y las amígdalas inflamadas me impedían comer o beber cualquier clase de líquido. Esa noche tuve pesadillas atroces en las cuales Rafael me culpaba por su muerte, una muerte

atroz, sangrienta, entre gritos de desesperación y gestos que demandaban ayuda. Me levanté muchas veces ahogado, con las sábanas empapadas en sudor y murmurando disculpas delirantes.

El lunes, atiborrado de pastillas para la fiebre, el catarro y los dolores de cabeza, me presenté a las ocho de la mañana en Medicina Legal. Dos secretarías revisaron la nota, buscaron en unas carpetas, y después de ir y venir de un lado para otro y de realizar un par de llamadas, me comunicaron entre sonrisas idiotas que lo lamentaban mucho pero que no se podía llevar a cabo el reconocimiento del cadáver porque, en realidad, no había ningún cadáver para reconocer. Casi estallo de la ira. Una de ellas, la más vieja, intentó controlarme con una explicación escueta:

—Sí hay cadáver, señor Estévez, pero está irreconocible. Lo encontraron cuando ya llevaba varios días en proceso de descomposición.

—¿Entonces qué carajo estoy haciendo aquí?

—Necesitamos que usted nos indique si puede tratarse de su pariente o no.

—Y qué quieren que haga, ¿una sesión de espiritismo?

—Si no se calma, no vamos a poder ayudarle —extrajo un papel de uno de los cajones de su escritorio y me lo mostró—. El cuerpo fue hallado en una pensión cerca del mercado de San Victorino, aquí a pocas cuadras, y la Fiscalía selló la habitación hasta averiguar de quién se trata. Vamos a darle una autorización especial para que entre y revise los objetos personales del occiso.